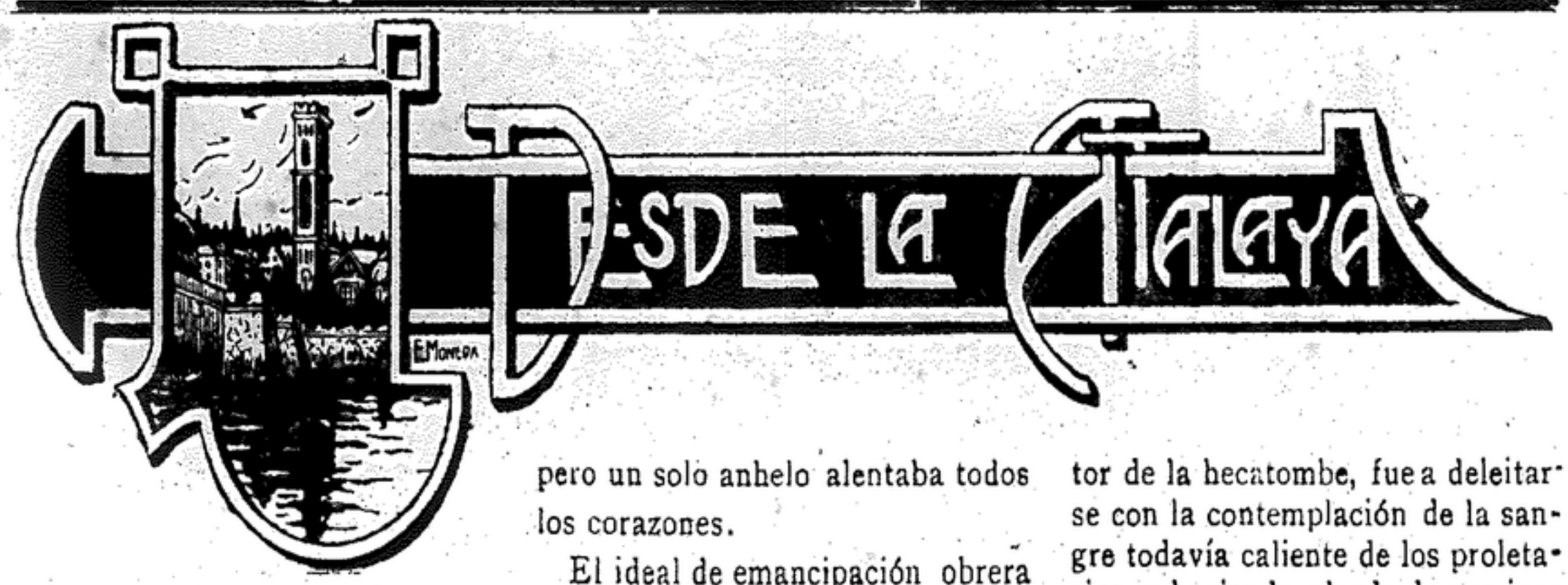

El domingo pasado hizo seis años que la justiciera mano de Radoviski castigó ejemplarmente al verdugo de la ciudad de Buenos Aires.

El hecho tiene gran importancia por representar un saludable escarmiento para los sátrapas que, escudándose en su poder omnímodo, creen tener asegurada la impunidad de sus crímenes.

Era el 1º de mayo de 1909.

Los sindicatos bonaerenses se preparaban a conmemorar la inolvidable fecha, y la gran ciudad del Plata se agitaba animada por rebosante entusiasmo.

Todos los gremios obreros, en numerosos grupos, se dirigían desde temprano al punto de reunión.

Antes de la hora señalada para el desfile de los manifestantes, la anchurosa Plaza Lorea se veía invadida por inmensa multitud de trabajadores, que afluían de todos los ámbitos de la populosa urbe, y desbordándose por la avenida de Mayo, obstruían el tráfico por el aristocrático paseo.

La llegada de cada nuevo grupo era celebrada con espontáneos aplausos, y el simpático "*¡salud, compañeros!*" se oía por todas partes, llenando el ambiente de fraternal armonía.

Al cordial apretón de manos seguían los expansiosos comentarios sobre los progresos del sindicalismo. Se hablaba de Milán, de París, de Barcelona. Los revolucionarios rusos eran recordados con admiración, mientras se hacían votos para que pronto fuera derrocado el despótico Zar. Los progresos del socialismo en Alemania, y las declaraciones del Káiser, que amenazaba con disolver el Parlamento el día que hubiera una mayoría de socialistas, eran también motivos de acaloradas o divertidas discusiones, según el temperamento de cada uno, o el punto de vista con que era tratado el asunto.

Se conversaba en napolitano, en polaco, en catalán, en bohemio; se notaban los acentos más distintos: del andaluz al escocés o al prusiano; pero un solo anhelo alentaba todos los corazones.

El ideal de emancipación obrera los reunía, y el amor a la humanidad borraba egoísmos de raza y prejuicios de fronteras.

El criollo, bullanguero y decidor, fraternizaba lo mismo con el melancólico compañero venido de las desoladas estepas, que con joviales nativos de la risueña Francia.

Y todos, en hermanable cosmopolitismo, se confundían en un solo abrazo de solidaridad universal.

Iba a empezar el desfile de la imponente manifestación.

En masa compacta, llenando la amplia avenida de una acera a otra, se disponían a romper la marcha, entonando las vibrantes notas de "La Internacional," cuando uno de los muchos policías que habían ido mandados para provocar un conflicto, disparó intempestivamente su revólver, y casi simultáneamente, la policía de a caballo, los famosos *cosacos*, que en gran número estaban apostados en las bocacalles, hicieron fuego sobre la muchedumbre.

La brutal agresión causó en los compañeros el natural estupor, pues parecía inconcebible que el odio de sus explotadores pudiera llegar a tal grado que en su infame afán de impedir el desarrollo de los ideales libertarios, no se detuvieran ni ante el asesinato.

Pasado el primer momento de asombro, los manifestantes se dispusieron a repeler a sus agresores, y durante unos minutos el tiroteo se generalizó, quedando muchos compañeros heridos y varios muertos.

El crimen se había llevado a cabo.

Y mientras la noticia se propagaba rápidamente, provocando la indignación popular, los trabajadores se disponían a declarar la huelga general.

El nombre del asesino era maldecido por todos los labios, y el deseo de venganza fermentaba en los pechos de todos los amantes de la justicia.

Entre tanto, la Plaza Lorea había quedado desierta.

Sólo el sicario Falcón, jefe de la policía, principal culpable y director de la hecatombe, fue a deleitarse con la contemplación de la sangre todavía caliente de los proletarios, y haciendo alarde de sus instintos de hiena, dijo al grupo de burgueses que lo acompañaban, admirándolo por su hazaña, que aquello no era nada, pues se había propuesto acabar con todos los socialistas de Buenos Aires. Los sicofantes que lo acompañaban celebraron la declaración y, entusiasmados, lo llevaron triunfalmente en andas por toda la avenida de Mayo.

Durante mucho tiempo la opinión pública clamó justicia, sin que sus voces de protesta fueran oídas por los que se llamaban representantes de la nación.

Los asesinos gozaban de la mayor impunidad y, en vez de ser castigados, eran colmados de honores por el celo con que defendían la tiranía imperante.

Y el pueblo, el noble pueblo a quien invocaban los causantes de todas sus desdichas, yacía bajo el férreo yugo de la más ignominiosa de las oligarquías.

¿Por qué la República Argentina, cuya población es la más libertaria de la Tierra, sufre la tiranía de uno de los más despóticos de los Gobiernos que actualmente existen?

Es este un fenómeno que nos proponemos estudiar algún día con el detenimiento que su importancia merece.

Pasaron los días, y las semanas, y el asesino, ensoberbecido, provocaba con su insolencia la exasperación de las víctimas. Sólo el pueblo, levantándose en resuelta rebeldía, podía evitar que el horrendo delito quedara impune. Pero el pueblo no daba muestras de vida.

Un día, el 14 de noviembre, corrió la voz de que el chacal Falcón había sido ajusticiado, mientras paseaba en su coche.

Un esbirro acababa de ser suprimido; pero, si el pueblo no lo impedía, pronto sería substituído.

El pueblo argentino no supo anticiparse ni imitar al pueblo mexicano, lanzándose a una revolución que desinfectara el estercolero político que lo asfixiaba, y después de seis años de permanecer sometido por el látigo del cosaco, todavía continúa sin dar señales de vida.

¿Hasta cuándo durará su abatimiento?

No olvide el pueblo argentino que los libertarios de todo el Mundo tienen fija en él la mirada, y confían en que sabrá recoger el guante que la burguesía le tiene arrojado.

JUAN TUDÓ.